

De los defectos que se notan á la pintura
de la Santa Imagen

NAMÁS podremos hallar en la naturaleza cosa alguna que arribe al último grado de perfección. Sólo Dios; autor de ella, es absoluta é infinitamente perfecto. La pintura es un arte que imita á la naturaleza, de aquí nace que ella pueda aventajarla en mucha parte, porque escoge y junta las perfecciones que encuentra esparcidas por varios lugares y personas, mas nunca podría por un efecto de su limitación esencial, sacar á luz una obra cumplida, cabal y perfecta.

(1) Este capítulo y los que le preceden y forman este Libro, son un extracto de la obra de Conde y Oquendo. Para evitar repeticiones y redundancias que harían difícil nuestro trabajo y fatigarían al lector, continuaremos nuestro resumen sin hacer en el cuerpo de los capítulos referencias al autor, sino en casos indispensables.

Hacemos esta advertencia para que se entienda que Conde y Oquendo es quien habla en este Libro, sin que en él se mezclen en ningún concepto pareceres ni opiniones nuestras.

De otro modo debe pensarse de las obras inmediatamente salidas de las manos de Dios. Estas sí son todas perfectas, mas no en el sentido que esta voz tiene en nuestra lengua, sino en el que tiene en la lengua latina, que quiere decir *lo que está acabado y llegó á su fin*. Así es como puede decirse que las obras de Dios son cumplidas, acabadas y completas en su género: por ser suyas todas son buenas, pero no dotadas de bondad y excelencia absolutas, sino relativamente á los fines para que fueron hechas, y así por ejemplo, aun cuando el hombre sea imagen de Dios, hecha á su semejanza, como dice el *Génesis*, es imagen imperfecta, como afirma Santo Tomás.

De aquí se sigue que no porque las cosas se hagan por milagro por eso han de ser *óptimas*, y así no porque se haya pintado *milagrosamente* á Nuestra Señora de Guadalupe ha de calificarse esta Imagen de lo más perfecta que haya salido de pincel humano.

Cuando Dios, en virtud de su omnipotencia, suple la acción de sus criaturas, como en el milagro de los panes multiplicados en el desierto, ó en el del vino de las bodas de Caná, esa acción obra por sí sola con la misma regularidad que obraría de por sí, si bien con ciertos lustre, hermosura y esplendor que nunca podrá remedar el hombre.

La falta de meditación á este respecto, causa ha sido de que la soberbia del hombre haya pretendido notar defectos en las obras de Dios, juzgándolas según la limitación de preceptos del arte y ciencias humanas.

No es, pues, extraño que hayan querido buscarse defectos á la milagrosa pintura guadalupana, examinando su hechura por preceptos humanos y falaces, en los cua-

les no están de acuerdo ni los mismos hombres, de un modo concluyente y absoluto.

Mientras más sabios sean los pintores, más á fondo conocerán esta verdad, y así es, como dice el ilustre Cabrera; «que todos los preceptos del arte se atienden dichosamente vencidos en la celestial pintura guadalupana, y ella excede con clarísimas ventajas á cuanto puede llegar la mayor valentía del pincel.»

El famoso pintor D. José Alcibar, dice: «Desde que ví esta celestial pintura, quedé tan admirado que nunca pude explicar lo que había visto, y así, mi mayor expresión cuando he sido preguntado ha sido decir *que no se puede explicar.*»

Esto no obstante vamos á examinar la Imagen según los preceptos del arte humano, procurando sacarla á salvo de toda censura.

Las objeciones que se le hacen son las siguientes:

- 1.^o Que la Imagen no está en arte porque pisa fuera de la línea perpendicular.
- 2.^o Que la pierna izquierda, de la rodilla para abajo, parece corta.
- 3.^o Que las manos no corresponden á la estatura.
- 4.^o Que el hombro derecho está mayor que lo que pide la buena simetría.
- 5.^o Que están encontradas las luces de la pintura.
- 6.^o Que están perfilados los contornos.
- 7.^o Que el floreo dorado de la túnica no quiebra en los cañones y pliegues de ella.

El gran pintor Cabrera niega que la Santa Imagen pise fuera de la línea perpendicular, y atribuye el error en que han incurrido los críticos á que el lienzo fué mal asentado en el bastidor, lo que hace aparecer la figura

caída para un lado «y es, añade, que en aquellos tiempos no había pintor alguno en México que supiera el arte.»

Los pintores vulgares y poco instruídos que han encontrado que la pierna izquierda de la rodilla para abajo parece corta, no tuvieron en cuenta que teniendo Nuestra Señora retirado el pié izquierdo, por pisar sobre el derecho, era indispensable que resultase *escorzo* en la pierna izquierda, lo cual, por ignorancia, juzgaron defecto.

A la objeción de que las manos de la Santa Imagen son más pequeñas de lo que pide su estatura, D. Miguel Cabrera contesta de lleno que es falsa, porque dice: «La pintura enseña que desde la muñeca, es decir, desde el nacimiento de la palma hasta la extremidad del dedo llamado comunmente del corazón, hay dos tercios y medio, y estos tiene Nuestra Señora, medidos con los tercios de su rostro como lo he observado.» Además la Santa Imagen quiso asemejarse á una doncella india que, como es sabido, son de estatura pequeña y tienen los piés y las manos muy chicas.

En cuanto á que el hombro derecho está más abultado de lo que demanda la buena simetría, dice Cabrera: «He medido el hombro derecho de la Señora, con todo cuidado, haciéndome cargo de su estatura y de lo que termina su sagrado cuerpo, y está conforme á las buenas proporciones que nos enseñan en su teórica nuestros escritores de pintura.» Debemos hacer notar aquí que el hombro en cuestión es el izquierdo y no el derecho, como sin duda un error de copia hizo decir á Cabrera.

El encuentro de luces, que ha sido visto como un defecto, deja también de serlo con la siguiente explicación

dada por Cabrera: «Podemos decir que pues nuestra celestial pintura recibe tantas luces cuantos rayos de sol la rodean, en lo incierto de las luces está su mayor artificio, pues sin embargo de estar encontradas, resulta aquello que llamamos buena colocación ó elección de claro y oscuro y es lo que sienten unánimes todos nuestros más inteligente profesores.» El maestro D. José Ibarra opinó «que los reflejos de luces que los pintores llaman *contra luz* ó luz prestada, dan más relieve y realce y mucho más gusto y perfección á la Santa Imagen.»

Por lo que hace á la sexta objeción de que están perfilados de negro los contornos de la Imagen, dice el mismo Cabrera: «Los perfiles de sus contornos no le roban la belleza al ropaje, ni le quitan el buen gusto al dibujo: antes sí le agregan cierto no se qué de gracia que no hemos podido imitar, aun poniendo todos los medios para ello.» En otro párrafo dice: «que están perfilados no por ambas partes, sino sólo por la de fuera, las fimbrias del manto y túnica, con un perfil oscuro poco más grueso que el canto de un *peso*, hecho con bastante dibujo y primor, pues sin agravio de la pintura, la hace salir bellamente, cosa que ha dado en admirar á todos los profesores de la facultad,» y sigue diciendo: «que los perfiles hacen más creíble el prodigio, pues que ninguno ejecutaría con ellos una pintura sin desgraciarla, y la que aquí admiran los inteligentes es una pintura de gran magisterio y arte, como lo confiesan todos, y lo hace creer la misma celestial Imagen.»

El pintor D. Francisco Antonio Vallejo, dice: «Aunque todo cuanto se advierte en la Santísima Imagen es un prodigio, ó por mejor decir muchos prodigios de la Om-

nipotencia, no obstante, lo que á mí me arrebató más la atención, son los perfiles negros que rodean la fimbria de la vestidura de la Señora, por ser esta una práctica desusada entre los pintores de mérito, porque le quitan el buen gusto á las pinturas, y no sucediendo, como no sucede este acontecimiento en nuestra celestial pintura, cuando parece que de aquel antecedente era forzosa consecuencia, á mi corto juicio es esta una rara maravilla, pues á mí me parece que aunque el más diestro pintor quisiese ejecutar una pintura con la circunstancia de los perfiles y al mismo tiempo con aquella gracia inexplicable, le sería, digo, imposible, por incompatibilidad que hay entre uno y otro extremo, de donde infiero que sólo en esta Imagen Sagrada hace bien aquel estilo, y me hace creer piadosamente que esta pintura del cielo es obra, no sólo por todos títulos singular, sino sobrenatural y milagrosa, como formada por el Superior Artífice Divino.»

Del examen que los más acreditados pintores hicieron resultó que el último defecto que se achacó á la Imagen de que el floreo dorado de la túnica no quiebra en los cañones y pliegues de ella, «lejos de constituir tal defecto se convierte en gracia y mera razón de maravilla, bien que el oro de la parte donde está hundida,—dice Cabrera,—se vé más oscuro.»

El mismo célebre maestro y panegirista de la celestial pintura, dice que advirtió en ese floreo dorado otro nuevo primor, cual es el de que las flores están perfiladas en su contorno y dintorno con una línea como del grueso de un pelo, hecha con grandísima perfección.

El Dr. Bartolache negó que tal circunstancia existiera, pero lo confirmó plenamente el pintor D. José de Alci-

bar en el examen que de la Imagen hizo el 22 de Octubre de 1795.

En diversos pasajes de su obra, y muy especialmente en éste, Conde y Oquendo ataca al Dr. Bartolache con extrema dureza; de estos ataques no nos ocuparemos porque carecen en realidad de importancia, si bien son hijos del cristiano celo y ferviente adoración que inspiró al autor de la *Disertación Histórica*.

Conde y Oquendo encontró agria y dura la crítica que Bartolache hizo del juicio formado por Cabrera de un rasgo que en forma de número ocho, se ve figurado sobre el pié derecho de la Santa Imagen.

Según Cabrera, dicho rasgo era á su ver «un índice con que nos recuerda la Virgen que su primera aparición fué dentro de la octava de su Concepción Purísima, de cuyo misterio es la más fiel y ajustada copia,» y concluye diciendo que, «alguna vez llegó á presumir que este número quería significar que era la octava maravilla del mundo.»

En la loa al opsúculo de Cabrera, dijo D. José de Alcibar acerca del mismo rasgo: «Infero que el número ocho en que usted reflexionó fué anticipado índice á su bien meditada idea, en razón de haber visto en su obra en ocho párrafos, ocho maravillas, y en el conjunto de todas la octava.»

El Cardenal Lorenzana, arzobispo de Toledo, dijo siéndolo de México. «Tiene unidos dos círculos que aparecen un ocho y son los dos mundos que protege.»

Bartolache no encontró nada especial en dicho rasgo, y Conde y Oquendo opinó que cualquiera que sea el origen de dicho rasgo, no hay razón para criticar á quienes han dádole una explicación oportuna ó graciosa, según

su imaginación viva y exaltada ó el calor de su devoción.

Ocúpase después del color moreno de la Santa Imagen, que encuentra conforme y de acuerdo con lo que dejaron escrito sobre la Virgen María San Epifanio, San Anselmo, el Damasceno, San Bernardo y Nicéforo, y con la pintura que de ella hacen los Cantares, y añade que la Santísima Virgen escogió dicho color para asemejarse al de los indios. Cita á este propósito el siguiente pasaje de Lorenzana:

«¿A quién se parece más nuestra Santa Imagen? ¿A una española ó á una noble india? No os admiréis de la pregunta, porque para atraer los soberanos á los recién conquistados, suelen salir algún día vestidos de su ropaje y á la usanza del país.»

El P. Florencia había ya dicho: «A algunos ha parecido que el color de la Santa Imagen y el traje del vestido, es el de las indias principales: las cuales, como se crían con más cuidado y aseo y no andan al sol, tienen el color del rostro trigueño claro, la tez bien curada, el cabello negro y bien poblado, y usan unas como túnicas que desde el cuello caen hasta los piés. No puedo dejar de admirar y venerar la discreción de la Señora de Guadalupe, que como venía á aficionar las voluntades de los naturales para ganarlos con su devoción para Dios, quiso parecer y aparecer en su traje, preciándose de su tez y color trigueño, para conciliarles con la semejanza la afición, y atraer de una vez sus corazones.»

En efecto la Señora ha logrado su fin enteramente, porque es tan íntimo el regocijo y tan dulce el deleite que reciben los indios de verla de su mismo color y traje, que con la más cariñosa sencillez la invocan siem-

pre con el hermoso título de *Madre, Niña, Dueño y Señora*, y vienen en bandadas á visitarla de los más remotos confines, y con la más magnífica pobreza le ofrecen sus cornadillos, deshacen sus corazones en lágrimas y alguna vez han exhalado su espíritu al pié del altar.

Mucho se ha extrañado el color oscuro de la luna que la Señora tiene á sus piés: ninguna de las interpretaciones que á ello se ha dado merecen citarse, y no hay, después de todo, necesidad de ponerse á investigar la razón de una circunstancia que en nada hace desmerecer la belleza sobrenatural de la Imagen guadalupana.

Capítulo VII (1)

Del título de Guadalupe

UNO de los pasajes más notables de la Aparición de Nuestra Señora, es que siendo el indio Juan Diego el predilecto con quien habló la Virgen más veces, solamente le encargó que pidiese al venerable obispo un templo para su culto, sin decirle nada de su nombre, y á Juan Bernardino, su tío, á quien se le apareció una sola vez, ordenó que declarase al prelado el título con que quería ser llamada, que fué el de *Santa María de Guadalupe*.

Sobre este nombre suscitaron empeñosa cuestión los escritores guadalupanos, haciendo notar que Juan Bernardino, ignorante del castellano, no pudo pronunciar la palabra *Guadalupe*, ni fingirla á su arbitrio, ni tener noticia de que hubiese en España otra imagen de este

(1) Téngase presente la advertencia hecha en el precedente capítulo.